

# Alys Jaeger

*Crónica de una asesina*



Jesús  
R. Rivas

Juan Del  
21-9-2022

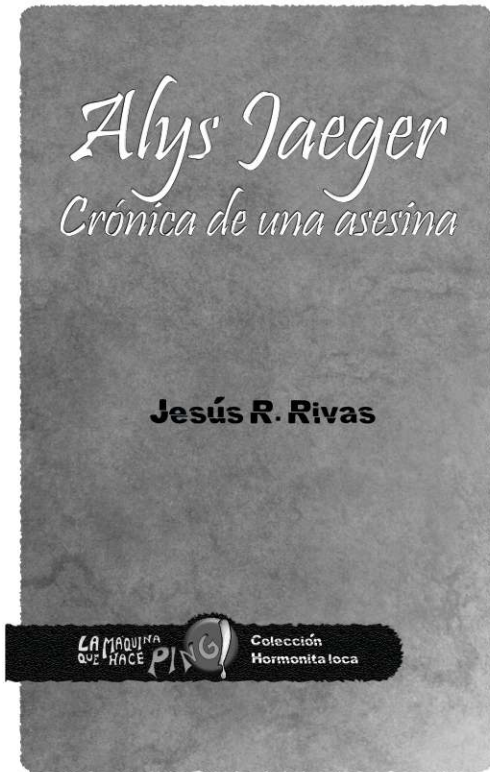




*Alys Jaeger*  
*Crónica de una asesina*



*Jesus*  
*R. Rivas*



Inicio

**ALYS JAEGER**  
**Crónica de una asesina**

Un libro de  
**Jesús R. Rivas**

Ilustración de cubierta  
**Juan Fernández Martín**

Mapa  
**Jesús R. Rivas**

ISBN 978-84-125314-4-2

© Jesús R. Rivas 2022  
© La máquina que hace PING! 2022

Primera edición Diciembre 2022

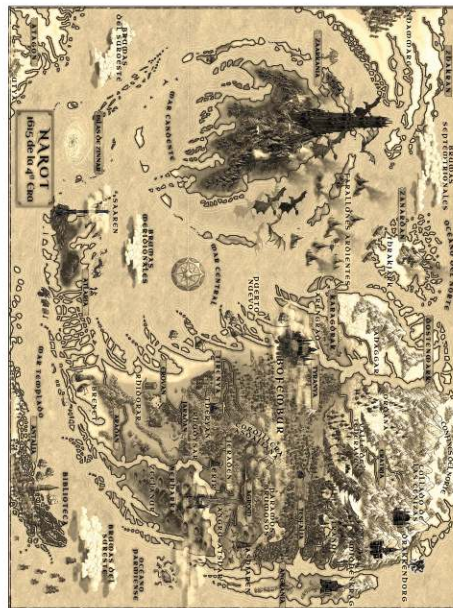
**La máquina que hace PING!**

Plaza Estación, 9 Bajo 12560

Benicasim - Castellón

España

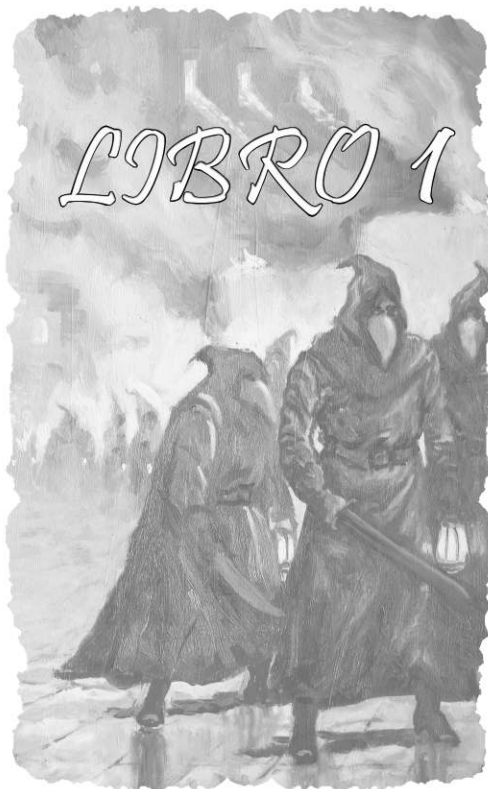




**NAROT**  
1615 de la 4ª Era

*Para María José, “mi Constante”,*

*que me hizo soñar despierto*



Prólogo

# PRÓLOGO

*Muchos vivos merecerían la muerte,  
y algunos que mueren merecen la vida.  
¿Podrías dársela tú?  
No seas ligero a la hora  
de adjudicar muerte o juicio,  
ni los más sabios  
pueden discernir esos extremos.*

John Ronald Reuel Tolkien

Alys Jaeger avanzó despacio. Llevaba el brazo izquierdo laxo. La punta de la espada goteaba sangre todavía fresca.

Plip.

Plip.

Plip...

—Bien... Alys. Has llegado al fondo del asunto. Reconozco que he de felicitarte —la mujer pelirroja bajó despacio los escalones de acceso al altar, las manos entrelazadas en el bajo vientre, aparentando serenidad—. Vamos, terminemos con esto. Haz lo que tengas que hacer de una vez.

—Desde luego que voy a hacerlo, no te quepa duda, ramera —Alys sorbió por la nariz y se pasó el reverso de la mano por el rostro para retirar la sangre y el agua de la lluvia—. Pero antes quiero que me cuentes por qué. ¿Qué agravio tan terrible cometimos para que emprendierais semejante cacería? ¿Cuán horribles somos los asaru para que decidierais propiciar la casi total aniquilación de una estirpe tan ancestral? Sólo quiero la verdad.

—La verdad... —la abadesa irguió la cabeza y soltó un sonoro suspiro—. La verdad es demasiado compleja de contar. Baste con decirte que era algo necesario dada vuestra vertiente destructora.



Todas las razas o estirpes de este mundo tarde o temprano terminan extinguiéndose, sólo es cuestión de tiempo, pero, en este caso... vuestro orgulloso abolengo debía desaparecer antes.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Aún no lo entiendes? Porque nos hubierais llevado a todos inexorablemente a la perdición.

Alys permaneció callada, la cabeza gacha, la mirada fija en el suelo. Los nudillos de su mano apretando el puño de la espada se tornaron blancos.

—Alys, aún no tienes la menor idea de lo que es capaz un asaru.

—¿Yo qué? ¿Por qué sigo con vida? ¿Por qué yo?

—Creí que podría ocultar tu verdadera ascendencia —bajó la mirada y se miró la cicatriz de la flecha que le había atravesado la mano hacía ya diecisiete años. Se la agarró con la otra y comenzó a frotársela pasando el pulgar por su irregular superficie, reflexiva, contemplativa—. Creí que podrías pasar desapercibida y ser una chica más.

—¡Bruja...! —soltó entre dientes—. Debería quemarte viva ante la mirada de tu perverso dios.

—¡Escúchame! —la abadesa bajó la mirada—. Yo te tuve en mi regazo, envuelta en mantas, con la sangre aún fresca del vientre de tu madre. Rompiste a llorar como un bebé destetado en cuanto pasaste de los brazos de aquel hombre a los míos, como si vaticinaras lo que iba a pasar —y enfatizando—: Fue la compasión la que detuvo mi daga. ¡Fueron tus berridos los que hicieron que me apiadara de ti!

Alys se aproximó muy despacio al pequeño altar de la ermita. Un nuevo relámpago iluminó el interior, iba acompañado de un ensordecedor rayo, como si la tormenta se aproximara, furiosa, quizá atraída por ella misma. Tal vez por la fuerza del caos que bullía incontrolable en su interior. Crecía y crecía. Era imposible de detener. Sólo veía destrucción. Destrucción girando a velocidad vertiginosa en medio de una vorágine carmesí.

La abadesa comenzó a retroceder al contemplar su rostro, al ver cómo las retinas grises tornaron a negras y comenzaron a expandirse invadiéndole los ojos. Tropezó con el primer escalón y quedó sentada sobre el frío mármol con los ojos muy abiertos, asustados, como si con



la mano sobre el vientre pudiera protegerse del afilado acero de aquel despiadado monstruo que se encumbraba sobre ella.

Al observar su gesto, Alys recordó las palabras escritas en la carta. Sintió asco.

—Una chica más... —murmuró entre dientes, la voz disonante—. Eso es, una chica más a la que ofrecer en sacrificio en la adolescencia... y de la que obtener el poder de su sangre única. Zorra pervertida. ¿Quién ejecuta las órdenes?

—Ja, ja, ja, ja —cacareó sarcásticamente, buscando la provocación—. Mírate, eres sólo una arrogante niña.

—¿Quiénes? —Alys sacó un pequeño frasco del interior de su gabán.

—Estás a punto de romper un antiguo tratado de inmunidad, niña —la miró a los oscuros ojos. Supo que no iba a detenerse—. Eso es, hazlo ya de una vez, acaba conmigo. ¡Hazlo de una vez! Puedes estar tranquila. Pero ellos te encontrarán y, entonces, sólo entonces, desearás fervorosamente que mi daga hubiera finalizado su trabajo.

—Nadie es inmune —Alys vació el contenido del frasco sobre la cabeza de la abadesa ignorando su amenaza—. Que así sea.

De forma súbita un siseo fracturó el majestuoso silencio de la ermita. Un fuerte olor acre inundó la estancia, y la abadesa rompió en desgarradores gritos, agarrándose la cara en un intento inútil de detener el ácido que le derretía la piel y le fundía los ojos. Pataleaba, se convulsionaba, se debatía entre berridos terribles y un agónico llanto.

Alys la observaba con expresión de indiferencia, aún con el frasco de ácido en la mano. Por algún motivo que desconocía, un impulso que iba en contra de su voluntad, decidió darse la vuelta y salir de allí.

—¡Espera! —chilló con voz gorgoteante la abadesa. Alys se detuvo. Ladeó la cabeza hacia atrás—. ¡Acaba con mi miseria! ¡No me dejes así! ¡Maldita puta! ¡No puedes dejarme así!

Casi sintió pena al contemplar la horrible deformación que estaba sufriendo aquel bonito rostro. Alzó la espada. El acero rieló reflejando un nuevo rayo azul, intenso como el odio que llevaba dentro. Demasiado odio que necesitaba apaciguar de alguna forma. Y justo cuando se disponía a ejecutar el golpe que liberaría gran parte de ese odio, la palabra equilibrio golpeó su mente. Sabía de alguna manera

que terminaría destruyéndose a sí misma. Que aquellas cicatrices, una a una, destrozarían su conciencia. Necesitaba encontrar aquel equilibrio del que le habían hablado Destino y Atla. Exhaló un prolongado y sonoro suspiro. La tormenta se alejaba. Quizá expulsada por ella misma. Tal vez por las fuerzas que luchaban en contra de su caos interior. Era el momento de abandonar aquel lugar, de dejar atrás parte de su pasado. Aquello ya formaba parte de su venganza. Se trataba del detonante que la llevaría a culminarla en su totalidad. Era el inicio del todo. Se trataba de las palabras escritas por Einar en su diario: *Trata de llegar hasta el fondo del asunto a través de ella. Controla tus impulsos...*

—No, no lo haré —se giró y enfundó la espada en la espalda. No estaba dispuesta a mancharse las manos con lo que sospechaba que se gestaba en su vientre. Descubrió que un asaru no era sólo caos y destrucción, que su caos y su vertiente destructiva podían convivir envueltos por un velo de equilibrio, por muy precario que fuese. Aunque, quizá, otros pensarían que dar sufrimiento a alguien carecía de equilibrio alguno. Si los tuviera enfrente, se reiría con inusitado descaro en todas sus caras—. Es la compasión la que detiene mi espada —arrastró cada una de las palabras con tono sibilante, rayano con el más despiadado de los desdenes—. Son tus berridos los que han hecho que me apiade de ti.

# PARTE I

## Capítulo I

*Tyranya.*

*Bofembur. Ciudad de Asesinos, año 1615.*

Las tres lunas en perfecto alineamiento se hallaban en su plenilunio. Perforaban la insondable negrura del firmamento dando la sensación de que alguien las había dispuesto así. Parecían encantadas, como si se hubiera lanzado un hechizo sobre ellas. Brillaban con una luz singular, como si el fulgor azulado que emitían perteneciera a un mundo mágico de fantasía.

Las ruedas del carruaje que avanzaba con un constante cabeceo rompían la imagen reflejada del agua de los charcos acumulados en el adoquinado de la avenida de los Canales tras el profuso aguacero que habían dejado las nubes. Los cascos del caballo de tiro chacoloteaban

con estrepitoso eco por las estrechas callejas de edificios de oscura piedra que se erigían altos, amontonados como enormes librerías en las que reinaba cierto caos, y con el aspecto herrumbroso que lucían los barrios bajos de Bofembur, también llamada Ciudad de Asesinos. Llegada la medianoche se hallaba vacía y húmeda, silenciosa. Como si se tratara de un toque de queda, todo el mundo se retiraba; bien a la seguridad de sus hogares, o bien a las profundidades de la ciudad, pues nadie estaba dispuesto a ser atravesado por un cuchillo en la oscuridad. De ahí que fueran muy pocos los intrépidos o descuidados que permanecían vagando por las funestas calles a esas horas.

El carruaje se detuvo, y el carretero dio un par de golpes con el codo sobre el habitáculo para avisar a su cliente de que había llegado a su destino. De inmediato, una figura delgada, vestida de negro y de pelo gris ceniza, asomó desde el interior abriendo la puerta de forma abrupta. Miró al cielo. Por encima de las torres de una gran catedral había un cerco de nubes purpúreas en torno a las tres lunas. La luz otorgaba a su cabello un aspecto ceniciento azulado.

Ella las contempló unos instantes y se dijo: *La muerte ha encontrado víctimas esta noche*. Su cuerpo aún seguía en tensión por lo acontecido pocas horas antes. Después miró las gárgolas de piedra en las fachadas vomitando por sus bocas un continuo torrente de agua. Aquello le pareció un augurio. Sintió una terrible ansiedad, ya que era incapaz de discernir hasta qué punto había actuado de forma correcta o atroz. Echándose la capucha de la capa por encima para protegerse de las escasas gotas que aún caían saltó al adoquinado.

—Hasta luego, niña —pronunció el carretero con timbre paternal—. Y cámbiate esa ropa empapada no sea que te constipes.

—Gracias por traerme —se despidió ella con un gesto de mano—. La próxima vez que nos veamos te traeré más bazofia de esa que fumas.

—Ja, ja —tronó el carretero—. Eso estaría bien —atizó las riendas y estas chascaron.

La joven se introdujo en un angosto callejón entre dos desvencijados edificios y desapareció. Sus botas taconearon a toda prisa en la oscuridad durante la bajada de una estrecha y larga escalera. Como era habitual, por la esquina emergía una débil luz ambarina que



iluminaba el hueco de la escalera. Se encontró con la puerta entreabierta, como siempre.

De manera silenciosa irrumpió en una estancia. Las llamas de unas velas oscilaron, siendo inundado su olfato por la mezcla de olor a humedad, menta y acre que el sótano desprendía. Ante sus oscuros ojos, una figura con la cabeza gacha sobre una mesa ojeaba unos pergaminos con ilustraciones y caligrafía angulosa, extendidos de manera caótica. Al alcance de las manos tenía herramientas raras y complejas. En escudillas había polvos de diversas sustancias, hierbas disecadas y hojas de plantas. A su derecha, sobre una mesa, un alambique de latón destilaba una sustancia volátil, y varios frascos vacíos permanecían a la espera de ser rellenados y etiquetados. Las estanterías dispuestas por todo el laboratorio contenían animales muertos y momificados, frascos con bálsamos, elixires y esencias y otro tipo de sustancias de compleja definición. Se podían distinguir vasijas de formas extrañas, pomas, redomas, intrincados cofrecillos y minerales raros y poco comunes entre otras cosas. Grandes y pesados tomos de cubiertas en piel y labradas protecciones metálicas amenazaban con partir las baldas en cualquier momento. Pero ella ya estaba familiarizada con todo aquello.

La joven apoyó un hombro en el marco de la puerta y se cruzó de brazos y pies. Había llegado el momento de la verdad, y sintió miedo de que su pequeño secreto fuese descubierto.

Un quemador de cristal con líquido altamente inflamable chisporroteaba.

—Tendrías que trabajar menos, viejo —pasó varias veces un dedo índice por su nariz respingona, como si esperara impaciente una respuesta—. ¿En qué cachivache andas ahora?

—Llegas tarde —fue la áspera bienvenida con voz ronca del anciano decrepito y de rostro marcado por quemaduras. Apenas levantó la cabeza de los manuscritos, le echó una fugaz mirada por encima de los quevedos arrugando las ya asurcadas comisuras de los ojos—. ¿Quieres contarme a qué es debido tanto retraso? —su voz denotaba agotamiento.

La joven dejó caer los brazos y se encaminó sin prisa hacia el alquimista. Este volvió a levantar la mirada una vez la tuvo al otro lado

de la mesa, la bajó, y siguió con lo suyo, indiferente. La joven cogió una bolsa de piel del cinto y la depositó en la superficie de la mesa, a la altura de sus ojos.

Cruzó otra vez los brazos.

—Había niños —replicó. Las palabras rasposas contenían un claro desdén.

—Me temo que esa no es una respuesta válida o argumentativa —repuso él con actitud apática. Amontonó con meticulosidad los desordenados manuscritos de fórmulas, cálculos y diseños esturreados encima de la mesa. Luego cogió la bolsa y comenzó a deshacer el nudo.

La joven soltó un prolongado suspiro. Chistó con la boca denotando su creciente fastidio.

—Eran niños pequeños, Argail.

—Y por tu tono de voz... he de suponer que estás enfadada. ¿Me equivoco, Alys?

Alys espiró un largo y sonoro suspiro.

—Si me hubieras avisado...

—Oh, claro —la interrumpió Argail, sosegado—. Y de paso, haberte guiado cogida de la mano como el buen padre que lleva a su pequeña de paseo para mostrarle un mundo multicolor.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Lo que menos necesito ahora mismo es de tu estúpido y rancio sarcasmo.

—Ja —levantó la mirada y se ajustó los quevedos en el caballete de la nariz con un dedo. Frunció los cansados ojos—. Me encanta contemplarte cuando estás cabreada. No eres consciente de ese... ese encanto tan peculiar que posees. ¿Sabes? Las cosas cuando son innatas poseen una belleza sobrecogedora —cuando Argail hubo separado el cuello de la bolsa introdujo una mano en ella y sacó un dedo anular. Comenzaba a coger un aspecto cárdeno, y tenía un sello de oro con un enorme pedrusco rojo de superficie pulimentada. Retiró el anillo del dedo y arrojó este a una cubeta. Luego examinó el anillo con quirúrgica meticulosidad. En el interior había grabada una filigraneada F elaborada por una serie de intrincados caracoleos. El alquimista puso labios de pez y asintió. Depositó el anillo en la mesa y

miró a la chica, satisfecho—. Alys, hiciste lo que debía hacerse y punto. No te atormentes. Si te sirve de consuelo, créeme que entiendo el dolor que sientes ahora mismo. Sin embargo...

—No, no tienes ni idea —replicó Alys, la voz enronquecida. Le rodaban lágrimas por las mejillas y apretaba los dientes con rabia—. Viejo egoísta...

Argail se retrepó en el asiento y entrelazó las manos sobre el vientre, irguió la cabeza.

—Está bien, desahógate. Sí, hazlo. Lloro cuanto necesites. Cuando hayas soltado toda la rabia, frustración e impotencia que llevas dentro, empezarás a pensar con lucidez. Di cuanto quieras. Te escucho.

Alys sollozó y limpió las lágrimas de su pálido rostro con la manga en un rápido gesto. Sorbió. Esperó para que la voz sonara firme.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—¿Cuándo te volviste tan cruel y desalmado? —sorbó otra vez—. ¿Cómo pudiste enviarme a eliminar una familia tan extensa al completo? De entre tantas personas lo más probable es que hubiera inocentes. Juro que nunca te perdonaré la forma en la que has hecho que manche mis manos. Has conseguido que mi aversión hacia ti sea proporcional al odio. Debería acabar aquí y ahora mismo, en este mismo instante, con tu vida, borrando así esa petulante y arrogante expresión.

—Ajá —Argail se retiró los quevedos. Vertió unas gotas del compuesto de una probeta que sisearon al tocar el suelo. Un ratón corrió a indagar, rodó y pataleó boca arriba, al instante quedó fulminado, laxo—. Está bien que en ti haya odio.

—Mi odio es sólo hacia ti.

—Bueno, por algo hay que empezar. Qué más da a quién odies siempre y cuando halles en tu interior el odio —Argail sacudió la cabeza despacio—. Piensas que es personal el haber eliminado a esa familia noble, que es algo mío. Mira, Alys —el alquimista se levantó de su silla y se aproximó a ella. Le cogió las manos y las envolvió con las suyas, cuya piel tenía aspecto apergaminado y podía distinguirse unas profundas cicatrices de quemaduras—. No pretendo que ahora mismo lo entiendas, sé que esta misión ha sido dura para ti. Sé que esta noche no conciliarás el sueño y que en tu mente únicamente aumentará el

resentimiento... No obstante, golondrina, eliminar a los ignominiosos Fitzzer era algo de acuciante necesidad.

—Sí... —rezongó mostrando todo su sarcasmo—, resulta que ahora nuestra prioridad ha pasado de forma repentina a acabar con inocentes. Ahora matamos a niños inocentes y ajenos a todo lo que acontece en el mundo.

—Te equivocas, Alys. Estás confusa.

—No me digas que me equivoco porque ha sido así —Alys asentía frunciendo los labios—. Sí, es así y la asesina he sido yo. No hay confusión posible.

—¡Pues sí! —repuso Argail algo turbado—. Al fin y al cabo, tú decidiste, fuiste tú quien tomó la última decisión. Tú y sólo tú tenías la potestad de decidir qué hacer, si convertirte en una asesina o no convertirte... en nada —las últimas palabras las pronunció casi en un hilo de voz. Frunció el ceño y se recompuso—. Si convertirte en una cazadora o seguir siendo una presa. Y ése fue el riesgo, sólo tuyo, tu recién contraído compromiso. Así que ¡deja de comportarte como una niña irracional! A veces, golondrina, hay que ser consecuente con las decisiones que tomamos y, en este caso fuiste tú, y sólo tú, la que tomó la decisión de asesinar a supuestos inocentes. A diferencia de lo que pienses o quieras creer, lo hecho, hecho está, y ya no existe la posibilidad de cambiarlo, ni siquiera de volver la vista atrás. Lo supiste en ese justo momento, sí, y pudiste decidir... darte media vuelta y marcharte... Así que no me vengas ahora con que no sabías que había niños y personas inocentes, no me vengas con monsergas cargadas de hipocresías y fundamentos vacuos, déjate de discursos pesados y repetitivos. Porque tú, golondrina, eres lo suficiente lista, inteligente y racional como para usar el sentido común y decidir por ti misma. Se te ha instruido y preparado para ello. Y créeme que si no considerara que estás preparada, no habría seguido adelante con el programa. Para conseguir fines hay que apostar medios, y hay que sacrificar cosas; es sencillamente una regla de la vida. Y hoy, golondrina, has dado un paso muy importante en ella, has dado un gran e inexorable paso para convertirte en lo que en el fondo quieres, aunque todavía no lo sepas —Argail cogió aire y suspiró atusando su desaliñada barba gris como la plata—. Entiendo que ahora mismo te cueste..., te resistas a



entenderlo. Pero sé que en un futuro lo comprenderás, y descubrirás que el acto de hoy sólo fue el puente que se expandió en tu camino para conseguir lo que verdaderamente anhelas.

—¡Maldito seas! ¡Eran niños! ¡Inocentes! ¡No tenían culpa de nada!

—¿Ah, sí? —ronroneó Argail—. No sabes nada, golondrina, aún no... Aún no. Escúchame, Alys —la asió de la barbilla y la miró con ojos compasivos—. Esa gente era una familia noble que hacía negocios turbios, que cometían actos perversos, y de intereses muy largos de argumentar, desde hacía varias generaciones. Esos niños, en lugar de emanciparse, habrían crecido bajo la tutela de esa familia, habrían terminado convirtiéndose en los mismos asesinos que anteriormente se habían convertido sus predecesores, y antes de sus padres los padres de estos. Esos niños en unos años hubieran sido perversos, unos asesinos despiadados por seguir prevaleciendo en la nobleza, es decir, en el mundo que los rodea, un mundo de lujos y abundancia del que no estarían dispuestos a renunciar jamás, y que es muy diferente al que tú y yo conocemos. Créeme, golondrina, no te estoy mintiendo. Si algo he intentado desde el día que te vi por primera vez, es protegerte. En ti encontré un motivo para continuar mi tortuoso camino en la vida. ¿Qué es sino la confección del plan puesto en marcha desde hace años? ¿En qué consiste sino todo su proceso, tu preparación, Alys? —Argail escudriñó durante unos segundos sus ojos grises como la ceniza—. Dime que lo entiendes, golondrina.

Alys asintió, sin apartar la mirada de las pupilas celestes de aspecto difuminado de Argail.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Lo entiendo. Es sólo que... no termino de asimilarlo.

—Lo harás, lo harás. Bien sabes que eres una cazadora. Una silenciosa golondrina en la noche. Cazar es tu forma de vida, y cazando llevas todo este tiempo, tiempo que llevas dedicado a un objetivo, un objetivo que debes ejecutar sin desfallecer para perpetuar así... tu venganza —Alys asintió dando su conformidad. Argail apoyó sus manos sobre los hombros de la muchacha—. Ahora, dime, ¿qué método de entre los que te di a elegir has usado?

—Los he envenenado mientras cenaban —su voz carecía de emoción alguna.

Argail no contestó de inmediato, se dio la vuelta y volvió a sentarse en su silla.

—¿Cómo? —preguntó al cabo.

—Vapor de ácido clorhídrico.

Argail estuvo a punto de enarcar una sonrisa de satisfacción. Satisfacción por ver que todos sus años de dedicación y duras enseñanzas empezaban a dar sus frutos. En lugar de sonreír optó por asentir serio.

—Un método no muy ortodoxo desde mi forma de ver las cosas, algunos incluso dirían que... bajo, inevitable pensar que abyecto. Sin embargo, golondrina, dadas las circunstancias, no me queda más remedio que reconocer que es un método inteligente, muy eficaz y letal. Un método que minimiza los riesgos, sin duda alguna. Tienes mi enhorabuena —el alquimista calló unos instantes esperando una reacción de Alys que no obtuvo—. Supongo que, tanto a la entrada como a la salida, tu paso por la mansión ha pasado desapercibido.

Alys asintió.

—Bien... ya estás preparada —Argail dejó entrever en su faz impertérrita lo que parecía una ligerísima sonrisa— para presentarte en el Nexo. Ahora estás preparada para lo que llevas deseando tanto tiempo, lo que llevas haciendo durante todo este tiempo. Definitivamente te has convertido en alguien letal. Los Templarios del Dragón Llameante necesitaban a una asesina como tú. Ha llegado el momento... Ahora eres una cazadora, golondrina mía.

—Godofredo no aprobará el asesinato de niños inocentes.

El quemador de cristal chisporroteaba.

Argail soltó una carcajada sonora y falsa.

—¡Vamos, Alys! ¿Tan ingenua eres? ¿De verdad crees que Godofredo no está al corriente de todo esto? Verás, niña, Godofredo es uno de los principales autores de la caída de esa familia de nobles. Godofredo es el arquitecto de otras muchas cosas más que desconoces y claro está, tampoco es necesario que sepas. Aún.

—¡No te creo! —replicó con rabia—. Godofredo es un Templario, un hombre de honor.

—¿Y qué necesidad tendría yo de mentirte, golondrina? Verás, el honor es sólo una encrucijada en la cual cada camino o elección está

plagado de dificultades éticas o morales que... ni los más juiciosos son capaces de discernir cuál de las decisiones es la más correcta o que menos consecuencias va a acarrear en su inmediata causa y efecto. De todos modos, pregúntale a Godofredo en persona, a ver si sus ojos te disuaden de lo contrario.

—No dudes que le preguntaré.

—Que así sea —asintió despacio Argail—. Que así sea, golondrina.

Alys estaba convencida de que hasta ahora todo estaba yendo como lo había planeado. Otra de las cosas que le había enseñado su adiestramiento de asesina, sin duda, era actuar.

Carraspeó tras un largo silencio.

—Dime una cosa, Argail... Verás, mientras envenenaba a esos nobles, me asaltó una duda, la cual deriva en una pregunta —el alquimista asintió sosteniéndole la mirada—. ¿Cómo fueron asesinados todos los miembros de mi estirpe y por qué?

Argail se tomó su tiempo, abrió —bajo llave— un cajón de la mesa. Sacó un pequeño frasco cuyo contenido era un líquido de verde intenso.

El quemador de cristal chisporroteaba.

—Tómate esto antes de irte a la cama. Mañana por la mañana te sentirás mejor y pensarás con más... transparencia. Después deberás concentrarte en el Nexo, en tu objetivo. No sabemos lo que el destino te deparará allí con exactitud.

Alys asintió frunciendo el ceño. No tenía intención de tomar aquella porquería. Conocía mejores formas de conciliar el sueño. Sólo era cuestión de descender al Pozo.

—¿Qué diablos es ese cacharro que estás fabricando?

—¿Esto? —Argail el alquimista frunció los ojos y una fina línea ladeada se dibujó en sus labios—. Esto es un arco de hueso de dragón. Sin duda creo que va a ser mi mejor obra. Sólo me quedan unos reajustes. Y Mañana, mi golondrina, te lo regalaré.

—¿Y las pótimas?

—Despreocúpate. Mañana estará todo dispuesto. Ahora vete a descansar. Mañana se inicia tu venganza.

Alys asintió. Bien... al parecer no había sospechado nada. *Ahora sólo me falta autoconvencerme de que a los críos les irá bien en la granja*

*bajo la tutela de la Sepulturera —se dijo.*

Antes de cerrar la puerta del laboratorio miró por última vez a Argail. Seguía absorto en lo suyo. Cerró.

El quemador de cristal chisporroteaba.

## Capítulo II

*Tyranya.*

*Bofembur, Ciudad de Asesinos, año 1615.*

*(Unas horas antes)*

—Ahhh, el gran apellido Fitzzer. La denominación del poder y de nuestra acaudalada familia... —su tono estaba empapado de orgulloso empalago, y en su pronunciación había cierto grado de elocuencia ensayada.

El cabeza de familia suspiró dejando escapar el sonido preciso que requería la escena, con una intrínseca satisfacción imposible de enmascarar. Había que imprimirle al momento toda la gloria que merecía.

Se detuvo y se cogió una mano con la otra tras la espalda. Primero recorrió de lado a lado los bustos de sus ancestros esculpidos en inmaculado mármol rhidoriano y colocados sobre ornamentados pedestales. Después irguió la cabeza de incipiente calva cuya coronilla era blanca como el nácar. Y admiró el cuadro que había sobre la pared. Representaba dos estiletes cruzados sobre un escudo con forma de elipse que a su vez tenía una F de intrincados caracoleos. Cogió aire. La familia y los invitados estaban parados tras él. De fondo, las pulsaciones de un piano emitían una sosegada melodía para ambientar la velada en la que la lluvia se había convertido en un copioso aguacero.

—Ejem... señor Fitzzer —se aclaró la garganta el consejero, mientras repasaba las notas del libro de cuentas que tenía en las manos ayudándose de un monóculo colocado en un ojo—. Y ya para



terminar, los comerciantes del distrito de los Telares han solicitado una semana más de prórroga para hacer frente a los impuestos.

—Ponlans —se dirigió el señor Fitzzer al consejero—. ¿Sabe usted de dónde viene el apellido Fitzzer? —claro que lo sabía, se lo habría contado ya unas cien veces. Pero sus invitados aún no sabían la historia. El consejero cerró el libro de notas, se lo llevó al regazo y bajó la mirada—. Claro que no lo sabe, porque nunca cuento estas cosas —se dio la vuelta y agachó la cabeza, observando las brillantes puntas de sus zapatos, deslizando un pulgar por la púrpura piedra del tamaño de un fresón engarzado en un anillo de oro, mostrando cierto aire de ausencia—. Sin embargo, hoy lo haré. Hace catorce generaciones, mi familia tuvo que emigrar a Bofembur por culpa de una gran crisis. Más bien llegaron hasta aquí huyendo del hambre, la enfermedad y la muerte que se había cernido sobre Capia, una pequeña región costera ubicada en la zona más meridional del continente oriental allende al océano Parmiense. Al menos eso es lo que siempre me contó mi abuelo. Una gran hazaña, ¿verdad? —miró a sus hijos, nueras e invitados y todos asintieron—. Llegaron sólo con lo puesto. Y fijaos en lo que fueron capaces de levantar con sus propias manos —ahora dirigió una mirada al consejero—. Y, ¿qué se cree usted, Ponlans? ¿Que una fortuna como la de mi familia se consigue con fruslerías? ¿Que se puede conseguir trabajando el hierro o la madera? No, es la inteligencia lo que nos hace prosperar. Una familia no prospera limpiando zapatos en las calles. No se obtiene reputación vendiendo leche puerta por puerta. Un imperio así sólo se consigue con una agudizada y despiadada inteligencia. ¿Cree que mi padre, mi abuelo, el padre de mi abuelo y así hasta catorce generaciones... consiguieron su reputación alargando fechas para cobrar sus impuestos? —terminó alzando la voz. Luego paladeó y arrugó el ceño—. Eso, sólo sería una grave muestra de debilidad. Y donde unos simplemente verían un resquicio de bondad, amigo mío, otros estarían viendo una brecha que les brinda una oportunidad —chascó la boca, como si aquel simple pensamiento le causara fastidio—. Tienen veinticuatro horas para efectuar el pago. Si no, habrá que buscar una... una solución drástica —a través de las cristaleras se introdujo una luz blanca y cegadora que iluminó el salón de la mansión con forma de media luna; le siguió un

lejano estruendo. El señor Fitzzer ladeó la cabeza una levedad y alzó una poblada ceja blanca—. Tener que desprenderse de algún miembro siempre suscita un repentino interés por llevar el pago a tiempo.

—Así se hará, señor Fitzzer —el consejero Ponlans saludó con una leve inclinación y se encaminó hacia la puerta del salón.

Justo en ese momento la puerta se abrió e irrumpió una mujer, cuyo ceñido vestido azabache realzaba sus esbeltas curvas con sobrecogedora elegancia. Un broche de pedrería le sujetaba el realzado recogido de su cabello moreno y enviaba destellos intermitentes con la luz de las lámparas. El flequillo le caía como una guadaña por un lado del bronceado rostro. Llevaba los ojos perfilados en negro y los labios pintados de un rojo oscuro. La gargantilla en torno al delgado y alto cuello destellaba a juego con los pendientes que se balanceaban con cada uno de sus pasos amortiguados por la moqueta y el broche del pelo. Iba acompañada de tres chiquillos de estaturas escalonadas. El mayor tendría cinco años, y no deberían de llevarse más de un año de diferencia entre los tres.

—¡Ahhh! —soltó un prolongado bufido el señor Fitzzer—. Mi querida mujer siempre haciendo esperar a todo el mundo. Querida, la paciencia tiene un límite —apuntilló con tono amenazador. Volvió a circundar con la yema del pulgar el rubí de superficie lisa. Apretó los labios y adelantó el inferior—. Filippa, ni en el cumpleaños de tu hijastra eres capaz de hacer el esfuerzo por complacernos —extendió una mano en dirección a ella—. Al menos, no diréis que la espera no ha merecido la pena.

Filippa tuvo que soportar las miradas desdeñosas de la hijastra y los tres hijastros mayores, que más que como una madrastra, siempre la habían visto como a una alimaña a la que había que aplastar a escobazos, sin llegar a matarla, pero que no pudiera ni arrastrarse por el suelo. Lo más curioso, es que en ningún momento, ninguno de aquellos engreídos sin escrúpulos había despertado en ella el más mínimo sentimiento de afecto o empatía.

Chascó la boca y torció los labios. Luego suspiró de forma sonora.

—Sería muy hipócrita por mi parte, *querido*, no mencionar que me he retrasado para que mi maravilloso esposo pueda explayarse en toda su presuntuosa vanidad.

Fitzzer soltó una risa ronca. Aunque en realidad estuvo a punto de soltar la bilis por la boca, la cual se tragó. Se pudo ver en su rostro repentinamente avinagrado. Una vez recuperada la compostura carraspeó para quitarse ese repugnante regusto que se queda en la tráquea.

—Este es el problema que conlleva tener una mujer guapa y mucho más joven que uno, y... de lengua afilada —apretó los dientes y se rascó el dedo alrededor del anillo—. Sin embargo, reconozco que es mi debilidad —retumbó un trueno cercano que hizo temblar los ventanales, y el sonido comenzó a alejarse como si estuviera resquebrajando la tierra a su paso. Fitzzer echó a andar—. Bueno, es hora de tomar asiento. Celebraremos el cumpleaños de mi hija Amanda como es debido. Como veis, está hecha toda una mujer. Después de todo, doce años sólo se cumplen una vez.

Todos se dirigieron a la mesa para tomar asiento, cuya superficie estaba llena de entrantes fríos, frutas frescas y exóticas y exquisiteces de todo tipo.

—Pu-ta —remarcó en un audible murmullo Amanda cuando pasó por el lado de su madrastra.

—Si yo fuera mi padre, hace tiempo que te hubiera arrancado la lengua —le dijo Rich, el mayor de los hijastros —de más edad que ella — con tonalidad virulenta.

Mientras la música del piano sonaba de fondo, las cuatro sirvientas que hacían las veces de camareras comenzaron a acomodar y servir a los invitados.

—Eh, Luca, si sigues a ese ritmo el carbón va a terminar saliendo por la boca del horno —advirtió el muchacho que lanzaba de forma distraída carbones tratando de acertar a los que había sueltos por el suelo.

Luca, el fogonero de la mansión, miró a su joven ayudante de calderas. Dejó de palear carbón, hincó la punta de la pala en la pila al tiempo que apoyaba un pie sobre ella. Retiró el trapo con el que se tapaba la boca y la nariz, y sacó otro ennegrecido de un bolsillo y se lo pasó por la cara sudorosa y cubierta por una película de tizne. Hacía

un calor de mil demonios. Y en el ambiente del sótano ya flotaba una espesa nube de hollín.

Esperó unos instantes a recuperar el aliento, algo absorto en sus pensamientos.

—Sólo unas paladas más, Wilfred. La señora ha sido muy clara con las instrucciones para esta noche... —guardó el trapo y volvió a palear carbón. Y haciendo una burda imitación de la voz de la señora—: *Luca, hace frío y hay invitados. De modo que quiero la caldera funcionando a pleno rendimiento* —Luca calló y recordó mentalmente las verdaderas indicaciones de la señora, escuetas y concisas: *Quiero que llenéis el horno de la caldera hasta los topes y que os marchéis a casa para hacerle compañía a vuestras familias en una noche tan fría...*

Aún recordaba su agradable fragancia de perfume caro. En el fondo no era mala persona. Pero él sabía que había algo más. Algo en lo que no se atrevía ni pensar. Lo detectó en su mirada. Lo vio en el asentimiento y en su sonrisa solemne cuando lo cogió de una mano y depositó la bolsa de dinero para después envolverla con la otra, todo bajo su profunda mirada. Entonces sus sospechas terminaron de aclararse cuando ella volvió a hablar: *Lo siento, pero no puede haber...* Luca no quiso terminar de recordar la frase. Ya no había duda alguna. Cerró los ojos y los apretó con fuerza, como si de ese modo las palabras pudieran destruirse en su cabeza y desaparecer.

Todavía sentía el tacto de sus delicadas manos sobre las suyas, ajadas y encallecidas. Volvió a hincar la pala en la pila y se palpó buscando en el interior de la blusa. El dinero seguía ahí. No se había parado a contarlo, pero estaba seguro de que se trataba de una buena suma. Más de la que nunca se hubiera atrevido a soñar.

—Ya sabes lo que se dice en el gremio, amigo: *el trabajo cuanto antes se termina, mejor para la autoestima.*

Wilfred le dedicó una media sonrisa desdentada de suficiencia.

—Espera, a mí me gusta más el de *al negro carbón, duro corazón.*

Luca le devolvió la sonrisa.

—No está mal, pero los hay mejores. Anda, Wil, cierra la puerta de la caldera y recoge tus cosas que nos marchamos.

—¿Ya? —exclamó sorprendido el joven Wilfred.

—Ya te lo he dicho, son instrucciones de la señora.



Luca volvió a palparse la bolsa del dinero. Entre la gente de su gremio siempre se decía que el dinero estaba maldito porque corrompía a las personas. Que era cien mil veces preferible padecer a cambio de mantener la honestidad intacta. Y estaba totalmente convencido de que era así. No obstante, a veces, la necesidad hace que nuestros ideales queden sepultados tras un alud de excusas vanas, de excusas que nos hacen creer que una bolsa llena vale más que un corazón vacío. Por lo que la codicia aplastaba de forma contundente cualquier prejuicio que pudiera florecer. Sacudió la cabeza. Tras pensar en su propio pensamiento, se dio cuenta de que, tal vez, estaba especulando demasiado. La mayoría de las veces las cosas eran más sencillas, nada más que había que desviar la atención a otra cosa. Claro. Eso haría.

Luca se sacudió el hollín de la ropa. Y observó a Wil echándose el petate por encima del hombro y cómo se dirigía al horno.

El muchacho se detuvo.

—Es... es curioso —miró a Luca. En el rostro de Wil había una sonrisa vestigio de la incredulidad—. Estos ricachones suelen ser unos desconsiderados con las personas de la clase trabajadora —luego siguió andando hacia el horno—. Me sorprende la actitud de la señora de esta casa, la verdad —se colocó un guante en una mano y cogió el tirador del cierre de la puerta del horno, sin embargo se acuclilló para coger algo que brillaba entre el polvo del carbón. No parecía nada importante—. No sé, Luca, ¿generosidad gratuita?

—Si te soy sincero, a mí también me ha sorprendido —continuó Luca.

—Yo creo que algún interés oculto debe de haber. Estas personas nunca dan nada a... Ahhg —el joven Wil no pudo terminar la frase. Se llevó las manos al cuello, los ojos muy abiertos. Sintió el tacto frío del metal en su mano desnuda, luego un fluido tibio.

Luca cerró los ojos mientras le rebanaba el cuello al muchacho. Se detuvo a mitad del recorrido, las manos temblorosas. ¿Por qué estaba llevando a cabo ese acto tan miserable? ¿Qué lo había empujado a hacerlo? No, no podía seguir guiando el cuchillo. *Perdóname, Wil*, estuvo a punto de decirle. Había imaginado docenas de formas diferentes de cómo sería todo aquello. Y como era de esperar, ninguna

se parecía en nada a la verdadera. *Ni siquiera ha luchado por su vida. Ni siquiera ha ofrecido resistencia. El pobre, sencillamente se ha resignado a mi traición.* Todavía podía salvarlo... *No, no podía haber testigos.* ¡Maldito miserable! ¿Cómo había podido...? En realidad era tarde. Se lo llevó contra sus piernas, lo sentó y le alzó la cabeza. Sus ojos estaban abiertos de par en par, la mirada perdida, las mejillas húmedas por sendas lágrimas, parecía que sonreía. Era la reacción vinculada a la resignación que queda cuando se es traicionado. Los brazos le cayeron en el regazo y le quedaron laxos.

Luca lo reclinó despacio hasta dejarlo tumbado en el suelo. Se irguió y se frotó la cabeza con las manos.

—¡Por dios...! —pronunció, la voz ahogada—. ¿Qué he hecho? —las lágrimas, cuya llama del fuego se reflejaba en ellas, comenzaron a descender por sus mejillas tiznadas, formando unos profundos surcos. Su cuerpo dio una sacudida y sorbió por la nariz mientras se aferraba los pelos de la cabeza. Luego palpó la bolsa del dinero y consiguió recomponerse. *No podía haber testigos.*

Empujó la puerta del horno, y esta emitió un sonido metálico y estridente, fue como si unas garras le arañaran el sentido. Paró y observó el cadáver. No, al menos merecía un entierro. Alguien lo encontraría. Así que terminó cerrando el horno. Luego abrió la válvula de la caldera al máximo.

Cogió su petate y el farolillo y comenzó a subir la escalera. Se dispuso a abrir la puerta tipo buhardilla que daba a la parte trasera del jardín de la mansión y echó una última mirada al cuerpo tendido de Wil. Serían tres o cuatro noches malas. Luego pasaría a ser un difuso recuerdo, y finalmente sería algo que pasó alguna vez.

Abrió la puerta doble y salió al exterior. Había dejado de llover. La brisa que soplaba de poniente le llevó hasta las fosas nasales una fragancia mezcla de tierra húmeda y plantas. Eso es, le regalaría a su esposa un perfume, por supuesto no tan caro como el de la señora, pero lo escogería de esencias de flores frescas. Sin duda era el perfume perfecto para su dulce y delicada piel.

La noche estaba muy oscura, oculta por unas nubes de aspecto púrpura. Se llevó la mano a la bolsa del dinero y la apretó con fuerza. Volvieron a aparecer lágrimas en sus ojos. Pobre muchacho, asesinado

por la codicia. Asesinado por un ser mezquino. Tal vez no serían tres o cuatro noches. Echó a andar. Quizá no se difuminara de su cabeza con tanta rapidez. Escuchó un silbido.

*Chas.*

Hincó las rodillas. Una saeta le atravesaba el cuello de lado a lado. Trató de decir algo, pero sólo surgió un ahogado burbujeo. Cayó tendido de lado. Y se le dibujó una sonrisa.

*No podía haber testigos...*

El señor Fitzzer permanecía sentado en un vértice de la larga y ovalada mesa de roble oscuro, la visión casi sepultada por la comida dispuesta en las fuentes de cristal tallado y bandejas de plata, justo enfrente de la ausente mirada de su mujer. Aquello lo sacaba de quicio. De un tiempo atrás, Filippa se había vuelto... áspera, demasiado para su gusto.

Entrelazó las manos y ladeó la boca en un retorcido gesto.

—Si me permite hablarle con franqueza, Fitzzer... —interrumpió sus pensamientos el invitado de honor sentado a su derecha. Fitzzer asintió dándole su conformidad— estoy ensimismado con el lujo en el que me hallo sumergido en estos momentos.

Fitzzer agradeció el comentario regalándole una sonrisa que rezumaba altanería.

—Me consta que el gusto que posee usted para... para los detalles, sólo puede ser representado por artistas extraordinarios —dijo con pomposidad para regalarle los oídos—. Algo que no me sorprende viniendo de los Owsborn.

El señor Owsborn emitió una satisfecha sonrisa de cordialidad. Y observó los mosaicos y excelentes obras de arte colocadas en la pared de enfrente.

—Admito que es un honor que llevo con la cabeza bien alta.

—Y, por supuesto, que no tiene que causarle ninguna duda —levantó la mano con la copa vacía. Una de las camareras se aproximó y llenó de vino tinto las copas de ambos. Todos los invitados los observaban en silencio, únicamente roto por el sonido de los cubiertos que repiqueteaban en los platos y la plácida melodía del piano. El señor Fitzzer chascó la boca apretando la lengua contra el paladar. Se

acercó la copa, y la inspiración que hizo pudo escucharse en el otro extremo de la mesa—. Olor intenso y duradero. Una de las mejores añadas producida en mis viñas.

—Sin lugar a dudas, Fitzzer —el señor Owsborn dio un largo trago inclinando la cabeza—. Y aunque sólo sea un detalle, es otro de los motivos por los cuales los Owsborn estamos dispuestos a formar parte de esta gran institución, su institución. Ya sabe, los pequeños detalles, a veces, casi son igual de importantes que los grandes.

—A decir verdad, me sorprende que los Owsborn hayáis decidido formar parte del negocio. Han tenido que pasar varias generaciones para que la... cordialidad vuelva a restablecerse.

—Así es —contestó el señor Owsborn echando una mirada de reojo al guardia apostado entre ambos a varios pasos. Su cabeza gorda y musculosa le recordó a uno de sus mastines, incluso en los pliegues de su frente achatada. Tragó saliva. Por el momento todo parecía ir bien. Nunca se tenía el tacto suficiente con las palabras elegidas ante aquel inefable viejo—. Hace tiempo que nuestras relaciones son buenas, y creemos que es el momento de terminar de limar ciertas... asperezas...

Pero el señor Fitzzer ni siquiera estaba escuchando lo que tuviera que decirle Owsborn. Tenía centrada su atención en la airada Filippa. Y en el escote que ceñía los voluptuosos senos de la señora Owsborn.

—No has probado bocado todavía, querida —escuchó que le decía la señora Owsborn a Filippa haciendo un gran alarde de simpatía y cordialidad—. El faisán a la naranja está delicioso. Y la ensalada de perdiz tiene un toque fresco perfecto.

—No... no te preocupes, querida —le contestó Filippa distraídamente. Sus ojos perseguían todos los movimientos de la camarera que pululaba cercana a Fitzzer—. Es que no tengo apetito.

Fitzzer no pasó el detalle por alto.

—...los beneficios aumentarían un trescientos por ciento si aunáramos nuestros negocios y esfuerzos —concluyó Owsborn en espera de una respuesta satisfactoria.

Fitzzer carraspeó para aclararse la garganta. Enarcó una ceja.

—Estaríamos hablando de muchos dravos. Todo... lo que usted ofrece no es para nada desdeñable. Es más, veo que lo tiene muy bien estudiado —volvió a alzar la copa en señal de que se la llenaran—. Sin

embargo, no... no ha mencionado aún las condiciones del aval que garantice posibles deudas. Para garantizar cualquier contratiempo que pudiera surgir.

—Oh, claro, por supuesto —confirmó Owsborn al tiempo que observaba caer el chorro de vino en su copa, nervioso ante las miradas de hiena que se clavaban en él procedentes de la prole Fitzzer.

—Tú eres la nueva, ¿verdad? —se dirigió el señor Fitzzer a la camarera mostrándole una sonrisa empática —la chica asintió, sujetando la botella entre las manos—. ¿Y cómo te llamas? Me gusta saber el nombre de las personas a mi servicio.

Owsborn se le quedó mirando sorprendido por lo poco que le interesaba el trato que, hasta hacía unos instantes, estaban a punto de cerrar.

—Clementine —pronunció despacio, la voz tímida.

—¡Clementine! —exclamó extendiéndole una mano— Ven conmigo, Clementine, siéntate aquí —y se dio unas palmaditas en la pierna. La chica se sentó en su regazo, la cabeza gacha. Fitzzer miró a Filippa y vio la tensión reflejada en su faz a pesar de querer mostrar indiferencia. Luego le dijo algo en el oído a la chica y ambos soltaron unas risitas. Fitzzer le pasó una mano por el hombro, mirando de manera descarada a su esposa.

—Desde luego que eres cínico —arrancó con acritud Filippa, la voz enronquecida.

—Vaya, debería de haber revisado el contrato... —soltó ahora todo su sarcasmo Fitzzer—. No sabía que me casaba con una mujer que es capaz de ahogarse en su propio ácido. ¿O sería más correcto decir miseria? —remachó.

—Ya. Yo tampoco sabía que me casaría con un cerdo.

Amanda saltó de la silla y apoyó las manos sobre la mesa.

—¿De verdad vas a permitir esa falta de respeto, padre? —dejó escapar entre dientes, la mirada inquisidora.

—Siéntate, Amanda —no había alteración en la voz de su padre. Quizá por eso mismo Amanda se sentó sin rechistar.

—No hace mucho... —siguió Filippa arrellanándose en la silla. Cruzó las piernas y se humedeció los labios— que te gustaban las mujeres grandes y despampanantes —ladeó la cabeza señalando las enormes

tetas de la señora Owsborn—. Y de la noche a la mañana cambias de parecer por los escuerzos —y alzó la barbilla señalando a la camarera.

—De acuerdo, me llamas cerdo a mí, cuando es el pequeño Dan quien tiene verdaderamente cara de porcino. Está claro que una madre nunca ve los defectos de sus hijos —Filippa lo miraba con fuego en los ojos—. Querida, he aquí a un hombre paciente aguantando con estoicismo los envites de la vida. Siempre lo he sospechado. ¿Desde cuándo te tiras al porquero?

Filippa tenía una sonrisa procaz en los labios.

—Dime, ¿de quién o quiénes son Mat y Rudi? ¡Eh! ¡Dímelo!

La composición terminó la melodía con una sutil pasada de mano por el teclado. Y se hizo un extraño silencio.

Fitzzer frunció el ceño, le pareció escuchar un pitido agudo y lejano, leve pero continuo.

—¿No escucháis...?

Pero el piano volvió a sonar, iniciando así una nueva composición.

Filippa se giró en la silla. Sin dejar de reírle con descaro a su marido. Se puso en pie y extendió una mano a sus tres pequeños para que se pusieran en pie. Cogió a Dan de la mano y se encaminó a la puerta.

—¡Vuelve aquí y siéntate! —ordenó a voz en grito— ¡Te he dicho que vuelvas! —se desgañitó mientras contemplaba el contoneo de caderas de su mujer.

Filippa abrió la puerta, se giró antes de salir y le dedicó una última sonrisa, divertida. Cerró la puerta despacio, disfrutando de la escena.

La señora Fitzzer descendió hasta el marmolado vestíbulo, una especie de laberinto de cilíndricas y talladas columnas. Seguida de sus tres hijos como si se tratara de un pequeño séquito, sus zapatos retumbaban a cada paso por la superficie pulimentada.

—Señora —salió al encuentro un guardia, de extrema seriedad y con la espada presta en el talabarte—. El carruaje espera en la calle.

Filippa siguió andando y se limitó a dedicarle un simple asentimiento.

El guardia ladeó el cuerpo, giró sobre un talón, se puso en movimiento y sus atavíos emitieron el crujido del cuero ligero. Presto,